

— Pues entonces, señor, ya puedo tranquilo esperar la muerte, no quiero ser necio deteniéndolo al lado de un moribundo que no puede causarle más que pesadumbre, sus otras atenciones y su familia demandan su presencia, y sentándose en la cama y abriendo los brazos exclamó: — Adiós, señor D. Pablo, buen amo, y amigo generoso! ¡ voy á tomarle la delantera, adiós para siempre y hasta el valle de Josafát! — D. Pablo lo estrechó con la misma efusión, ambos derramaron tiernas lágrimas por su última despedida, y no pudiendo el amo responder á sus palabras porque su llanto las interrumpía, se desprendió saliéndose presuroso al despacho donde dió rienda suelta á su amargura, después de comer mandó disponer su caballo, yo previne cuatro criados montados y lo fuí á encaminar hasta pasarlo de algunos sitios sospechosos, al despedirme me dijo: — Desde que fallezca nuestro buen amigo, vd. ocupa su lugar con el mismo sueldo, hágale vd. un clásico entierro, que se cumplan en un todo sus últimas disposiciones, en los pueblos inmediatos reparta cien pesos ó más para que se apliquen misas por su alma en los nueve días del duelo, concluyendo el último con sus honras, no se pare vd. en gastos, y cárguelos todos á la memoria de rayas: que á doña Joaquina se le guarden los miramientos y respetos que hasta ahora le han tenido, que conserve sus criadas, y procure vd. que se atienda como á una persona de mi propia familia, si nó quisiere estar en la hacienda me la lleva vd. para mi casa, pásele su diario y déle gusto en cuanto quiera. En fin, amigo mío, en sus manos confío mis intereses, siga el ejemplo de su excelente maestro, de su padre adoptivo y contará siempre conmigo. Adiós. A los cinco días, exhaló D. Clemente el último suspiro entre mis brazos, quiso que lo enterraran á un lado de la puerta de la capilla de la misma hacienda en donde le mandé construir un humilde sepulcro según lo ordenó, doña Joaquina no me quiso dejar sólo, y yo apreciaba á la pobre viejecita como si fuera cosa mía.

CAPÍTULO III

Pánfila. — La Monja Simarrona. — Catástrofe. — Satisfacción cumplida. — El tapaboca.

El último pronóstico de D. Clemente también se realizó, pues no pudiendo resistir doña Joaquina la pesadumbre de la muerte de su hermano, sucumbió la pobre antes de tres meses, encargándome que se enterrara junto á él y dejándome heredero de todos sus cachivaches, inclusa Gumersinda, una muchacha huérfana que recogió desde chica y hacía veces de recamarera, la ascendí á ama de llaves, era media lamidita, tenía diez años y quise ver si ilustrándola y mejor vestida tal vez conseguía hacerme de una muchacha regular: con la misma ropa y alhajas de poco valor de doña Joaquina, en un instante la puse muy guapa y ya estaba yo muy ufano de mi obra y con tentación de casarme con ella, cuando arrebatando con lo que pudo, se largó con un indio taimado que tenía yo de caballericero, dejándome este bribón en cambio á su mujer y cuatro criaturas encueradas que el día menos esperado también desaparecieron de la hacienda. Desde entonces comencé á resentir la falta de una mujer de gobierno, continuamente mudaba cocineras, y la que no salía puerca era borracha, ladrona ó con más resabios que los caballos chorreños, cerca de ocho meses aguanté á esa canalla, pues porque no quedaran nuestros intereses solos, mi madre sólo desde su casa me atendía con la ropa limpia; tanto padecía yo con la comida, y estaba la casa tan abandonada, que compadecido el caporal me dijo: — Señor amo, para que su merced no pase tantos trabajos, le prestaré á mi hija Pánfila siquiera mientras encuentra una persona que lo asista como se debe. — Con mucho gusto, caporal, le respondí y si antes no le había pedido ese favor, ha sido porque temía que se me negara,

su hija no necesita de servir y tal vez le haría falta en su casa. — Es verdad, señor amo, pero mañana se la traigo tempranito y allá mi vieja que se las componga como pueda.

Al otro día llegó con ella, le di facultades extraordinarias, puse á sus órdenes á todos los criados, dinero en la mano para que hiciera lo que se le antojara, y me salí al campo. Cuando regresé me encontré todo en revolución, los muebles en el patio, mi ropa asoleándose, mucho batiboleo de indios acarreando agua, el monótono ruido de las freganderas, un incitante olor en la cocina y Pánfila de zapatas activando á unos, regañando á otras y acabando de sazonar los guisados que hervían en la lumbre. — Me ha cogido vd. con la masa en las manos, D. Alejo, me dijo; pero por hoy disimule que no esté todavía lista la comida, si quiere mientras echar un taco se lo haré al instante, ó enchinche por ahí el tiempo mientras acabo de sazonar. — Ahí me avisarás, le respondí y me dirigí al despacho; no habían pasado veinte minutos cuando me dió el grito de á la mesa, me sirvió un variado surtido de bocaditos á cual más sabroso, comí perfectamente y me largué á mis quehaceres. Muchas veces que fué preciso que me llevaran la comida al campo, se me aparecía Pánfila muy aseada con su sombrero puesto, seguida de uno ó dos criados con tamaños canastones cubiertos con sus servilletas muy limpias, y porque no faltara requisito, llevaban hasta una pescaderita en que iban los popotes fregados con zacate y jabón para que me limpiara yo los dientes, toda la casa estaba albeando, bien cultivadas las macetas, atentidas y progresando las gallinas, más de veinte jaulas que me hizo comprarle, con pájaros de todas clases alegrando con sus trinos, en fin, para no cansar á vds. yo estaba tanto ó mejor atendido que cuando vivía doña Joaquina, y Pánfila era en suma una mujerota para su casa como pocas, pues á su limpieza, actividad y dedicación, reunía mucha curiosidad para la aguja, trabajaba la chaquira randas y sedas con primor, no tenía un pelo de tonta, de un genio muy franco á la vez que sencilla y muy honrada, todas estas cualidades me amarraban; pero por desgracia la pobre era más fea que un puñete en un ojo, tenía un cuerpo alto, y aunque no de feas formas, sí muy desairadote, andaba con la cabeza agachada y con pasos de

buey cansado, las malditas viruelas le desfiguraron el rostro de una manera horrible dejándole muy profundas huellas, aunque tenía bonitos ojos negros; la falta de pestañas y escasez de cejas le quitaban su mérito, contaba veintisiete años, á pesar de estar sana y robusta y de ser blanca, conservaba el cutis pecoso y manchado, en fin, todo lo que tenía de repugnante á primera vista, era de simpática tratándola; poco á poco me fué pareciendo menos fea, su genio y demás cualidades me enamoraban de día en día, y cuanto más fino me manifestaba, más empeñosa, complaciente y querendona me correspondía, y no pude menos que resolverme á casar con ella, pues conocí que de otro modo nunca conseguiría más que como hasta allí, un amor como de hermanos.

Una noche cenando quise de sopetón declararme, y sin más preámbulos le dije: — ¿Oye, Pánfila, me quieres? — Sí, D. Alejo, me contestó con la mayor sencillez. — ¿Como qué tanto? — Mucho, mucho, como de aquí á la presa de los patos, el sitio más retirado, y el término de los linderos de la hacienda. — Pues en ese supuesto, muchacha, ¿yo creo que no tendrás inconveniente en casarte conmigo? Una estrepitosa carcajada fué su primera contestación. — No te rías, mujer, te estoy hablando formalmente, contesta á mi pregunta, ¿qué dices? — Que está ciego ó ha perdido el juicio; vaya una sandez, ja, ja, ja. — No seas necia, proseguí diciendo, y cuando más me empeñaba en obligarla parecía que le daban cuerda á la maldita, hasta que mirando que me incomodaba me contestó: — Límpiese bien los ojos, D. Alejo; y alumbrándose el rostro con la vela prosiguió: — Míreme bien, soy más fea que el enemigo malo, y solo loco ha podido pensar en semejante disparate, vuelva en su juicio antes que nos ponga en el trabajo de bañarlo en el jagüey. — Pues mas que seas lo que seas ya lo dije, yo estoy enamorado de tus prendas, me han cautivado tus cualidades y nada me supone que tu rostro esté chachacuate, así me gusta. — Esas ya son palabras mayores, D. Alejo, y si de veras quiere que hablemos sobre el negocio, hablaremos pero como las gentes. — Corriente, habla y respóndeme mas que sea una desvergüenza, pero no te rías de mí, ni me trates de ciego y loco, ya todo lo he meditado y he pensado hacerte

mi esposa. — Pues, D. Alejo, yo no quiero, ya está vd. contestado. — Luego eres una embustera, y mentías al confesarme que me quieres. — No miento, pero entendámonos, yo lo amo, sí lo amo como si fuera mi hermano, mi padre y quién sabe si más, y por lo mismo nunca seré yo causa de que vd. cargue con el ridículo y la rechífla de todos, al ver que presentaba como á su mujer á una tarasca; es vd. joven, bien presentado, está ocupando aquí el primer lugar, y debe darse por conveniencia propia el honor que se merece, hay una porción de muchachas bonitas, no se atroje, entre en relaciones, trabe amistades, dése sus descolgadas por el Real, en fin, corra su lucha; no porque me mira del pie á la mano se haga infeliz y á mí me arrastre en la desgracia, conozco mis defectos, no soy ambiciosa, y como lo aprecio rechazo su ofrecimiento, además de que temo que quitándosele el aturdimiento, tal vez, tal vez vd. sería el primero en avergonzarse de tenerme por esposa, y si así sucediera y me viera yo menospreciada, no sé lo que haría, D. Alejo, al pensarlo se me parte el corazón y era capaz de matarme mas que fuera á metlapilazos; no, no me expongo, contentese con tenerme como á una hermana y sobre el asunto no me vuelva á hablar una palabra, estoy muy conforme con mi suerte, yo no tengo la culpa de ser tan fea, y si no he querido ser vaquera, menos pretendo llegar á administradora, esa es mi resolución y asunto concluido.

— ¡Ya no me cabe duda de mi desgracia! exclamé, soy el hombre más despreciable; ¡maldita sea mi suerte tan chaparra! y lleno de rabia me estiraba de los cabellos á dos manos; ella se puso meditabunda, y así que me serené algún tanto me dijo: — D. Alejo, no sea tonto, por vida suya convénzase con mis razones, le he dicho la pura verdad, y para que vea que lo quiero y le deseo su bienestar, voy á darle un consejo del que nunca se arrepentirá; pero escúcheme con calma y no se desespere. — ¿Otro nuevo desengaño, otra repulsa? — No, un consejo de amigos, de buenos hermanos. — ¿Cuál, mujer, cuál? — Que se case con Mariquita, que yo por mi parte haré cuanto pueda, ¿qué más quiere? — ¿Pero quién es esa Mariquita por quien te interesas? — Es una muchacha, D. Alejo, de todo mérito, con una carita de ángel, unos ojos di-

vinos; unas manos primorosas, apenas tiene diez y ocho años, es muy mujercita, y honrada como hay pocas, en fin, no le dará á vd. vergüenza presentarla á la faz del mundo entero, le hará un bien con sacarla de la miseria que la rodea, y encontrará en esa niña cuanto pueda desear para ser feliz, es mi amiga, la quiero tanto como á vd. y tendría mucho gusto en que los dos me debieran su suerte. — ¿Y de dónde te viene esa amistad? — De que nos criamos juntas, yo le serví de pilmama, es hija de D. Fulano que estuvo de administrador en la hacienda de *** allí estuvo mi padre de mayordomo algunos años, luego lo solicitó D. Clemente ofreciéndole mejor acomodo con más sueldo, y nos vinimos para acá; nos dejamos de ver largos cinco años, y hace como ocho ó nueve meses, desde la fiesta del pueblo, que allí me la fuí encontrando en la miseria más espantosa y pasando lo que Dios sabe, pues á fuerza de aguja mantiene á su tío viejo y enfermo, y á su tía tullida, desde entonces todos los domingos que bajamos al tianguis, le llevo los blanquillos que ponen mis gallinas, algunos pedazos de cecina, maíz, frijol, le comparto de mi recaudo y el real ó la peseta en plata para su pan ú otras cosas, en fin, cuanto puedo le doy á la pobre, pero no por eso deja de pasar mil trabajos porque las costuras son escasas y las pagan muy mal; conquese si se determina, el domingo lo llevo para que la conozca, los pongo frente á frente y allá vd. sabe si se agarran al pico. — ¿No me engañas, Pánfila, no es esto un pretexto para hacerme menos sensible tu repulsa? — No, D. Alejo, le hablo como lo siento; vds. dos me interesan y no dudo que serán felices. — Pues el domingo me llevas. — Arreglados, arreglados lo llevo, pero no se ande desmechando ni se dé á la pena, no sea chiquihuite, por vida de su madre, y váyase á dormir.

Me retiré agradeciéndole en el alma á aquella mujer su franqueza, formándome nuevas ilusiones y ansioso por conocer á Mariquita. Llegó el domingo, y con Pánfila en su caballo y yo en el mío acompañados de su padre, marchamos para el pueblo, fuimos á parar á un suburbio, en una casuchilla que para poder meter los caballos fué necesario que entre el caporal y yo alzáramos en peso la puerta para abrirla, toda la habitación se reducía á una pieza corta de adobe muy mal tratada, una cocina

formada de tablas en un rincón de un patiecito mediano, y un Fresno en el otro extremo; salió á recibirnos un viejo encorvado con semblante venerable, apoyándose en un bordón de cocolmea, nos saludó con afabilidad y me hizo pasar adentro, allí estaba una señora sentada en un silloncito de tule muy lánguida y enferma, al atravesar el patio abría yo tamaños ojos y miraba con afán para la cocinita donde percibí la punta de unos castores, y por la rendija de una tabla parte de un rostro encantador, que como relámpago se ocultó de mi vista, tomé asiento y á poco fué entrando Pánfila trayendo á Mariquita de la mano, diciendo: — Conozca vd. á mi amiga, D. Alejo. — María D. G. para que vd. mande, caballero, agregó la presentada. — Alejo Delgado, su criado y servidor, señorita, contesté maquinalmente sorprendido de verla, pues lo que Pánfila dijo y yo me había figurado, distaba mucho de lo que miraba; su humilde cuanto sencillez traje compuesto de unas enaguas de castor, un rebocito lleno de rejas, y unos zapatoncitos viejos hacían resaltar su belleza, su rostro hermoso, semblante apacible, y todas sus facciones tan perfectas hacían que la contemplara absorto, á la vez que me inspiraba respeto, adoración ó qué sé yo; estuvimos hablando de cosas indiferentes y Pánfila le dijo: — ¿Oye, María, ya vendiste por fin el paño de sol? — No tú, soy muy desgraciada, lo llevaron á proponer y el que más ha ofrecido no pasa de quince pesos, sólo á ti te debo diez y ocho de la seda, y porque no me lo ensucien ó lo vayan á extraviar ahí lo tengo guardado. — Tráelo, tráelo á ver si D. Alejo es marchante. ¡Jesús, Jesús! qué gentes tan mentecatas, vd. dirá que esta pobre ha estado cerca de dos meses trabajando, todo está cuajado de flores copiadas al natural, tiene sus orillas de ondas de seda tejidas de punto de randa con los remates de filigrana, con el bramante y el bordado al pasado, que traga mucha seda, pasan de veinte pesos los del avío.

Mariquita abrió una caja vieja que no tenía ni chapa y sacó en una canastita el paño de sol envuelto en un pañito. — Mire una cosa buena, dijo Pánfila poniéndolo en mis manos, quédese con él. — Sin duda, le respondí mirando aquella prenda perfectamente bordada, y el matiz de las flores bien imitado; ¿cuánto

quiere vd. por él, Mariquita? — Si es para vd. quedo contenta con veinte pesos, porque sólo deseo poder pagar á ésta lo que me ha prestado. — Déle tres onzas, replicó Pánfila, que es lo menos que puede valer. — No, los veinte pesos que le pedí, y se acabó, dijo Mariquita. — Pues ni uno ni otro, contesté, sólo me quedaré con él si vd. quiere que le pague lo que valga. — Sí, sí, está bueno, replicó Pánfila, que lo tasen; no seas guaje, mujer, al cabo D. Alejo no se tienta el corazón para gastar un peso, es de vd. y arreglado el negocio. Lo tomé por las puntas diagonales, le dí al aire sus vueltas para enrollarlo, y me lo puse en la cintura como es costumbre cargarlo cuando no se necesita para su objeto. — Vámonos por ahí, prosiguió diciendo, voy á comprar mi recaudo y se viene vd. á almorzar con nosotras, improvisaremos alguna cosa, y tengan los dos presente que me deben el corretaje, eh...

Nos salimos y en el camino me preguntó: — ¿Qué le parece Mariquita, D. Alejo? ¿es verdad que es digna de mejor suerte? — Es divina, me ha encantado. — Pues me alegro, me alegro con toda mi alma; ya ve que no lo he engañado y que de veras lo quiero, ya los puse en contacto, y ahora corra vd. su lucha y Dios le dé buena suerte, en cuanto den las doce, véngase y no nos haga esperar. Ella se dirigió á la plaza y yo al billar contentísimo de mi hallazgo, allí me encontré á todos los cope-toncillos jugando guerra de palos, luego me invitaron, acepté, dí mi entrada y me tocó número doce; al tocarme tirar tuve que tenderme en la mesa, y uno de los concurrentes fijando la atención exclamó: — ¡Caramba! el que lo tiene lo luce, miren qué paño trae el amo D. Alejo tan primoroso. — A ver, á ver, gritaron varios llenos de curiosidad. Me lo desaté, lo extendí en la mesa á y cual más ponderaba su mérito, unos alabando sus combinaciones, otros sus matices, y todos convinieron en que era una cosa perfectamente acabada. — ¿Cuánto le ha costado, amigote? me preguntó uno de tantos. — Cinco onzas, contesté y lo compré de barata. — Los vale como medio, replicó otro, está muy bien hecho. Entonces un D. Rosendo que por sus hechos podrán inferir qué casta de pájaro sería, y allí estaba manejando una buena tienda de abarrotes acercándose un poco hizo un gesto despreciativo diciendo: — ¡Bah, bah! cuánta

ponderación, cinco onzas por ese trapo, yo he ofrecido quince pesos por uno mejor, y donde suba un peso más me lo sueltan. — Como se conoce, le dije, que no más habla vd. al peso del taco, amigo mío, en toda su vida habrá visto una cosa mejor, venga y fije la atención, prescinda por un momento de la costumbre de apocar todo lo criollo, y no se aventure á dar su opinión en lo que no entiende, ¿si sólo de sedas puede tener este paño más de veinte pesos, podrá ser creíble que otro igual ó mejor se lo den en diez y seis? Es un necio, y permítame que le diga que estas prendas sólo las pagan los que tienen gusto en saber gastar su dinero, no los pichicatos que llenos de codicia adoran por su Dios á un peso. — Bien dicho, gritó uno de los concurrentes. — Cabal, replicó otro, y los demás se reían de la opinión de D. Rosendo que picado por mis expresiones, no pudo menos que acercarse más, y después de ver el paño y voltearlo exclamó: — Tiene vd. razón, D. Alejo, no había puesto cuidado, y porque no se dijera que era miserable agregó: Si piensa deshacerse de él, yo se lo compro. — Véndalo, véndalo, empezaron todos á gritar. — Corrientes, lo vendo, pero en pública subasta, y pújenlo más que me deshaga de mi gusto. Lo alcé en la punta del taco y grité: — Cinco onzas por este paño. — Y mediã, dijo el de mi derecha que también tenía interés en comprarlo. — Seis, replicó D. Rosendo, y de peso en peso fueron subiendo hasta que al fin se lo remate en siete onzas. — Voy á traerlas, dijo lleno de orgullo, y se fué para su tienda. — ¡Qué mala obra me ha hecho este fanfarrón! exclamó el otro. — ¿Por qué, señor D. Rafael? le pregunté. — Porque yo pensaba comprarlo para dárselo de cuelga á mi compadre el señor cura. — Pues no le pese, amigo mío, las manos que han trabajado éste pueden hacer otro y tal vez más á propósito para lo que vd. lo quiere, podrá llevar sus iniciales, dedicatoria, etc. — ¿Pero qué podrá estar para el día de San Francisco? — Yo creo que sí, falta más de un mes, y si se resuelve yo le ofrezco que no quedará mal. — ¿Y cuánto calcula vd. que me pueda costar? — Hombre, por eso de las iniciales y con los requisitos que quiero que lleve para que vd. quede bien, yo creo que no podrá pasar de seis onzas; pero aunque importe otro poco, peso más ó menos nada supone. — Dice vd. bien, voy á

traerle algo en señal de trato. — No es necesario, señor D. Rafael. — Sí, sí, no me dilato. Llegó D. Rosendo con las siete onzas, y luego el otro con tres á buena cuenta, y yo me embolsé las diez, recogió el paño de sol su dueño y dijo: — ¿A que no saben vds. por qué he querido comprar esta cháchara? — No, contestó uno de tantos. — Sólo por darle picones á cierta hilacha de por el campo santo. — Vd. no quita el dedo del renglón, le contestó, y es como el caballo de San Panuncio, donde no brinca se asoma, pero se quedará echando agua como el león de la fuente. — Esa no es de las que vd. busca, agregó otro, gana de habladas. — Y es como las navajas de barba, replicó un tercero, no se hizo el pastel para la boca del asno. — Le he tenido lástima. — Qué lástima ni qué cuentos, dijo D. Rafael, más de cuatro vanidosos se han pegado de frentazos, y cuidado que no es cosa despreciable. — Sostengo á vds. que no he querido, y para que vean que no hablo no más por hablar, haremos una apuesta que nos cueste algo, cien pesos, y un almuerzo para todos los presentes, á que de aquí á ocho días está en casa conmigo, viviendo como mi querida, la Monja simarrona, y la sentaré á la mesa con nosotros.

No bien había aquel fatuo acabado su proposición, cuando vaciándose todos las bolsas empezaron á tirar el dinero sobre la mesa del billar y en dos por tres se reunieron los cien pesos de la apuesta y treinta para el almuerzo, al mismo D. Rosendo lo hicieron depositario y muy entusiastas trataban de que se atravesara más cantidad, hasta el extremo de decir D. Rafael: — Yo apostaría hasta mi vida. Dieron las doce, me convidaron para el susodicho almuerzo, y sorprendido é indignado de que se apostara poniendo por juguete el honor de alguna infeliz mujer me despedí, compré la mejor fruta que encontré en la plaza y me seguí de largo para la casuchilla, entregué á Pánfila lo que llevaba y nos pusimos á almorzar en una mesa bailadora que á fuerza de cuñas por un lado, y ladrillos por el otro, la hicieron estarse quieta, unos sentados en la cama, otros en una banca, y yo en la única silla alta que había; al pararme á poner platos exclamó Pánfila que estaba junto á mí: — ¡Válgame Dios, D. Alejo! ¿cuándo dejará vd. de ser tan berengo? ya perdió el paño que llevaba en la cintura. — Es verdad, mujer,

estaba tan preocupado que no me había acordado de entregar cuentas; Mariquita, recuerde que convínimos en que le daría por el paño de sol lo que valiera, me obligaron á venderlo y sólo pude colocarlo en siete onzas, ahí están y ojalá que hubiera sido en siete mil. — No, señor, yo le dije que veinte pesos, y sólo éstos tomaré. — No lo consentiré, lo dicho dicho, y si no me agravio. — Pues en el supuesto que se ha vendido bien, lo más que debo tomar son las tres en que lo valorizó Pánfila. — No seas tonta, replicó ésta, ¿si ya lo vendió en siete cómo ha de querer D. Alejo ganar por tu trabajo las otras cuatro? lo tratado tratado, cógelas todas, María, y ahí le pagarás su empeno, con que hagas otro mejor y se lo regales.

— Siendo así, no replico. — Es que hay otra cosa que precisa más, he ajustado otro de tal y tal condición que debe estar concluído para antes del día de San Francisco, darán por él seis onzas y aquí están tres como señal de trato, y también las puse sobre las otras. No hallaban cómo manifestar su agradecimiento aquellas gentes, que no digo onzas pero ni un peso duro habían tocado sus manos en algún tiempo. — Tenga su gala, dijo Pánfila abrazándome con efusión; guarda tu dinero, María, y ven á seguir mi ejemplo. Así lo hizo, y no daba yo aquel instante por las minas del Potosí.

Les conté en breves palabras lo ocurrido en el billar con el paño de sol, terminando por manifestarles mi indignación porque de resulta de la venta, se había originado la apuesta más escandalosa sobre el honor de una mujer. Vengo lleno de rabia contra ese infame, les dije, me he propuesto entorpecer sus depravados planes, defender á esa infeliz, mas que para ello sea necesario comprarme un pleito. — ¿Pues de qué se trata, D. Alejo? me preguntó Mariquita. — De que D. Rosendo ha apostado cien pesos y un almuerzo á que de aquí á ocho días tiene en su casa como á su querida, á la que aquí le llaman la Monja simarrona. — ¡Un demonio! gritó Pánfila parándose con el rostro encendido y llena de cólera. El tío cogió con mano convulsa el cuchillo de la mesa diciendo: — Voy á metérselo hasta la cacha. — El caporal conteniéndolo decía: — Siéntese, D. Antonio, siéntese, yo le prendo un lazo y toda chilla, lo arrastro hasta donde no me pese. La parálitica lloraba, Ma-

riquita se puso muy colorada, luego lívida agachó la cabeza y dió rienda suelta á sus lágrimas. La tomó Pánfila de un brazo y acercándomela dijo: — *Esta es la Monja simarrona, D. Alejo, vd. sabe si consiente que se burlen de ella, ahí se la entrego.* — ¿Qué dice vd., María, admite mi amparo? — Con mil amores, respondió arrojándose á mis brazos. La estreché contra mi pecho exclamando: — De aquí solo Dios me la arrancará, María. Para cortar aquella escena y no verlas llorar, grité á almorzar, á almorzar, porque este llanto me asesina, todos obedecieron, y acabamos hasta con risas promovidas por algunas agudeces y chanzas de Pánfila contra D. Rosendo. — ¿Cómo piensa su merced defender á esta pobre familia? preguntó el caporal. — ¿De qué modo se defienden las yeguas cuando dispersas no las puede juntar el garañón y á buen tiempo han venteado al lobo? — Pegando la estampida, señor amo, echándose por delante á los potrillos. — Pues ni más ni menos, caporal, échele su silla á mi caballo que es manso, váyase á situar de este lado del arroyo, en los colorines, y allá llegarán como de paseo dos muchachonas, se echa en la silla á la más buena moza, pasa el vado, y al puro tranco se va por la orilla del río hasta llegar á la nopalera, allí derrumba un pedazo de cerca, atraviesa el Saladito, y nos va á esperar á los fresnos de aguaje del Caracol ó la presa del Tildio; yo me voy con la más fierita por el camino real como venimos para no dar en qué pensar, á la nochecita volvemos con una criba, peones y cuanto sea necesario para que por el mismo camino que va á tomar, nos llevemos cuanto aquí mira para la hacienda. ¿Qué le parece á vd. mi plan, D. Antonio? — Haga vd. lo que guste, caballero, en sus manos pongo la suerte de esa criatura y la de estos pobres viejos infelices.

— Pues al avío, muchachas, recojan sus tilichitos, hagan un tercio con los demás cachivaches, y lárquense cuanto antes al arroyo, echaremos por delante á la potranquilla, y cuando el lobo llegue no ha de encontrar ni rastro que seguir; por ahora no hay más recurso que la estampida, que ya más tarde yo le pondré su trampa.

Todo salió perfectamente sin que ninguno hubiera notado la desaparición de la familia, dejamos esa noche vacía la casa,

atranqué el zaguán y me salí por la tapia. Mariquita y Pánfila se pusieron desde luego á trabajar el paño de sol ajustado, los viejitos á cada instante me colmaban de bendiciones, y yo contemplando á mi María gozaba extasiado de felicidad, agradeciéndole á Pánfila su consejo, interés, y buen corazón. El domingo, reunido con todos los de la apuesta, nos fuimos en bota para la casa de D. Rosendo. — ¿Qué sucederá por fin? le pregunté á D. Rafael, ¿se habrá salido ese charlatán con la suya y perderán vds. su dinero? — Quién sabe, me contestó, yo he pasado varias veces por la casa de esa niña y no he advertido nada alarmante, el zaguán está cerrado, todo en el mayor sosiego como siempre, y como todos estamos satisfechos de la buena conducta de ella y lo fanfarrón de D. Rosendo, con entera confianza hemos apostado nuestro dinero. — Hay aquí más de cuatro, dijo uno, que nos hemos quedado descolados y tenemos calificada á esa muchacha que á pesar de la miseria, mejor ha preferido sufrirla que dar su brazo á torcer. — Se le han proporcionado buenos partidos, agregó otro, y ni por la buena ni por la mala han conseguido la más leve esperanza, y por eso no faltó quien le pusiera ese apodo de la Monja simarrona, adecuado el primero á su buena reputación y costumbres, y el segundo á que en el recinto de un miserable cuarto, ha establecido su convento, otros también la llaman la Virgen del campo santo, porque es muy bonita y vive en ese barrio, y cuidado que cuando en un pueblo en que se fiscalizan hasta las mínimas acciones de sus vecinos, hemos llegado á conocer sus virtudes, ya no cabe duda de que es digna de ser respetada.

Llegamos á la casa, y metiéndonos D. Rosendo á la sala, dijo: — Ahí está la mesa puesta y el dinero, he perdido redondamente, señores, por ser confiado descuidé del negocio, y cuando quise echarle garra á la pichona me encontré con el nido vacío. — Al mejor tirador se le va la liebre, contestó uno de los interesados, y es de sentirse que nos haya espantado la caza. — Reparta vd. ese dinero, señor D. Rafael, dijo D. Rosendo, y vamos á almorzar, que ya para otra vez no seré apático. — Sí, le respondió, y echaremos un trago á la salud de nuestra linda Monja simarrona, de la encantadora Virgen del campo santo, de la codiciada María. Todos llenos de júbilo nos

rodeamos de la mesa destapando botellas y llenando copas, brindamos por cuanto les ocurrió relativo á María; se paró D. Rafael y dijo: — Señores, yo gano treinta pesos y con mucho gusto los cedo á favor de la paloma que á buen tiempo supo escapar de las uñas del gavilán. — Yo hago lo mismo, gritó otro, ahí están mis ocho pesos. — Y yo también. — Yo lo propio. — Y todos desembolsaron con buena voluntad los cien pesos ganados á D. Rosendo que estaba tan enchilado que se le podían tostar aves en las orejas. — ¿Pero cómo haremos? advirtió D. Rafael recogiendo el dinero, para que esto llegue á manos de esa niña sin que se excuse de recibir esta donación, es muy delicada, y si sabe el origen, en lugar de un socorro le damos una pesadumbre. — Eso es lo de menos, le contesté yo, si á vds. les parece pueden dar ese dinero al señor cura y él sabrá el modo de entregárselo. — Cabal, cabal, prosiguió diciendo D. Rafael, él es su director y vd. como extraño en este negocio encomiéndose de llevarlo, háganos este favor, y no le vaya á decir nada de lo ocurrido, el caso es que ella los reciba sin ofenderse, y tata cura ignore que andamos haciendo semejantes apuestas, porque si no el domingo nos encaja dos horas de sermón en la misa de prima. — Voy á cumplir con la encomienda, les dije, no dilato. — Me guardé el dinero y fui á ver al señor cura diciéndole: — Deposite vd. esta cantidad que seguramente será para socorrer algunos pobres, y yo le avisaré cuando debe repartirla, pues para la persona á quien se destinaba, que es la Monja simarrona, no los necesita. — ¿Cómo no, me contestó, si está esa infeliz criatura en la mayor miseria? — Estaba, señor cura, pero ahora la tengo en la hacienda, va á ser mi esposa, y ese dinero se lo daré vd. á quien actualmente lo necesite más. — D. Alejo, no sabe cuánto me complace, le doy la enhorabuena y cuente conmigo, amigo mío, esa niña vale mucho, mucho, es un ángel; ¿pero cómo es que se encuentra en poder de vd.? con razón extrañé que hoy no viniera á comulgar. — Le conté sin excusarle nada todo lo ocurrido suplicándole que no se diera por entendido, y que mientras pasaba el entusiasmo de los apostadores, si acaso alguno le preguntaba, les dijera que estaba haciendo pesquisas para saber de Mariquita, pues ignoraba su paradero, volví á dar

cuenta de mi comisión, y después de pasar un buen rato á costillas de D. Rosendo me regresé para la hacienda, les conté lo ocurrido y de día en día crecía mi amor á aquella niña, que sin demostrármese esquiva no me correspondía como yo esperaba.

Ya habían transcurrido tres semanas, cuando concluído el paño de sol que las había tenido atareadas, me fuí á entregarlo á su dueño, quedó contentísimo, y no sólo me dió las tres onzas restantes sino cuatro pesos más de gala para las bordadoras, diciendo yo entre mí : — Al que tiene caballo, todos le dan caballo, ahora que no necesita María de nadie hasta la gratifican, y cuando estaba en la miseria sufriendo mil escaseces, no había quien le diera un maravedí, si no era á costa de que admitiera sus perversas pretensiones y les vendiera su horna, este es el mundo. Al pasar por la plaza me acordé de liquidar una cuenta con D. Rosendo, que como siempre me trató con muestras de buen amigo, acabamos de arreglar el negocio y haciendo memoria de lo de la apuesta le dije : — ¿ Pero adónde tenía vd. la cabeza, amigote, que fué á apostar cien pesos sin tener amarrada la baraja ó por lo menos conocidas las cartas ? — Hombre, D. Alejo, me contestó, esa fué una empalmada, se me salió el dinero de la bolsa y se me voló ese pájaro de la mano. — ¿ Según eso vd. la tenía segura ? — Segurísima, segurísima, si no hubiera sido eso, no me haga vd. tan tonto ni aburrido con mi dinero que hubiera apostado así no más. — ¿ Luego contaba vd. con la voluntad de ella ? — Lo que es con su voluntad no, porque esa maldita se sabe defender, pero sí con ella que era lo principal del negocio, pues conozco el terreno y es camino que tengo andado. — Me pone vd. en confusión, señor D. Rosendo, si no me explica ese enigma es capaz de volverme loco. — Nada tiene eso de extraño, y para satisfacerlo y que no me tenga en opinión de guaje, mire dónde está el misterio, á vd. en confianza se lo descubro y espero que por lo mismo no lo divulgará. Abrió su armario y puso en mis manos una cajita de madera muy barnizada con estas iniciales en la tapa M. F. C., la abrí y me encontré con unos polvos blancos. — ¿ Pero qué con esto se ganan voluntades, conocen terrenos, y andan caminos ? exclamé sorprendido. — Sí, D. Alejo, con eso

se consigue todo. — Explíquese, amigo, explíquese porque más y más me está vd. entompeando. — Voy á satisfacerlo pero como antes le he dicho en el seno de la amistad, y confiado en su prudencia. Tengo relación con don M. F. C. un muchacho que actualmente está acabando de practicar la medicina, hace como seis meses que bajé á México y suscitándose conversación sobre muchachas y amoríos, le conté que aquí teníamos á la monjita que vanidosa diariamente se burlaba de mis ofrecimientos, le dí seña de su personal, le dije su nombre y vino en cuenta de que él la había disfrutado en su hacienda más de un año antes, esto me hizo concebir esperanzas de lograr mi capricho, le insté para que me dijera el modo de lograr mi intento, y su contestación fué lo mismo que acabo de hacer con vd., presentarme esa caja diciéndome : — Esta es la llave con que se abren las puertas, que atranca la virtud, si quiere vd. que se la venda, vale cuatro onzas. — Venga, contesté entregándoselas, pero déme la receta, cuente el modo de aplicar el remedio y cómo se salió con la suya para disfrutar de esa vanidosilla. — Muy fácilmente, fuí con dos compañeros á pasar vacaciones á mi hacienda donde estaba de administrador el padre de María : por cuantos medios son posibles intenté conquistarla, hasta que picado de su resistencia no tuve más arbitrio que usar de este narcótico, que por su calidad, condiciones particulares y buenos efectos, es propio para lo que tratamos de hacer, es un opio que en la Arabia está muy en uso y no hay musulmán, kadí ni bajá, que no lo consuma por necesidad en sus serrallos, con sólo aspirarlo quemándolo al fuego, ó tomarlo en los alimentos, causa efectos muy raros, en corta cantidad ataca directamente el cerebro, y el paciente desde luego pierde absolutamente la memoria entorpeciéndosele las demás potencias, aunque parece á la vista con todos sus sentidos, de manera que dándoselos á aspirar en los baños, los perfumes, y parte en los alimentos, han podido reunir en un serrallo cuantas mujeres han querido, sin que á pesar de ser de varias naciones, condiciones, clases y edades, haya pleitos, ni celos entre ellas mismas, sino que sumisas cual autómatas y al parecer contentas, obedecen ciegas los caprichos de su señor, y cuando se excede uno en la cantidad, causa una completa in-

sensibilidad y postración; de esto tratamos en la hacienda la víspera de venirnos, narcotizamos la cena, y á buena hora nos brincamos por una ventana, encontrándonos en la cocina con María y sus criadas en disposición de no poderse resistir, cada cual se burló de su víctima, y llenos de zozobra esperamos la hora de partir, no quedando tranquilos hasta que bien distantes caminábamos como exhalación para esta capital; en cierta proporción causa idiotismo, y doble la privación; por supuesto en mucha cantidad la muerte; ya sabe la receta y cuanto deseaba vd., aplíqueseles como le convenga.

— ¿Y qué no hubo quien castigara ese crimen? — Eso mismo le pregunté, dijo D. Rosendo, y me contestó riéndose: — Ya, ya está todo eso satisfecho, el pobre viejo vino aquí con sus once ovejas, á acusarme criminalmente, aunque obtuvo orden para aprisionarme, mi curador consiguió que tuviera yo la ciudad por cárcel, siguió el negocio, anduvo listo el dinero entre los escribas y fariseos, hasta que Pilatos me sentenció á pagar con un marco de plata la travesura, reservándose el juzgado lo del hecho criminal para cuando hubiera mejores pruebas con que proceder en justicia, me hicieron saber la sentencia, firmé de conformidad, y sobre ese asunto no se ha vuelto á formular una letra, ignoro si el padre de esa muchacha apeló ó se quedó satisfecho, y por ese lado no tengo nada que temer, pues es un hecho pasado en autoridad de cosa juzgada.

En este supuesto, D. Alejo, sabiendo el único modo de conquistar á María, por eso le dije que conocía el terreno, y como ya tengo hechos varios ensayos con algunas inditas y me han dado buenos resultados, le aseguré que es camino que tenía andado, sin que fuera necesaria la voluntad de ella, nada me costaba narcotizar el pan que llevan para su casa, y en último caso sorprenderla y atosigarla valido de la fuerza; pero quién sabe cómo el demonio me hizo perder el tiempo, y cuando ocurrí me fuí encontrando con las puertas cerradas, y por más pesquisas no he podido hallar quién me dé razón del rumbo que ha tomado, pero tengo capricho en averiguarlo para llevar adelante mi propósito. — Pero esa es una felonía, D. Rosendo, una vileza muy infame, usar de esos ardides para prostituir á

una infeliz mujer. — No lo niego, pero cuando no se quiere mostrar complaciente, cuando hay algún capricho ó se atravesia una apuesta, no se para uno en los medios. — Dice vd. bien, pero me es extraño su modo de pensar tan vil, me había figurado que era vd. un caballero: seguro está vd. de que publique sus infamias, y aquí quebramos las tazas, yo no alterno con pícaros de esta especie: buenas tardes, y me paré á tomar mi sombrero. — ¿Qué es esto, D. Alejo, es posible que me niegue su amistad por esta bagatela? — ¿Cómo bagatela! ¿llama vd. bagatela ocurrir á esas maneras infames sólo por satisfacer su vanidad? conquiste mujeres con buenos hechos, gáneles la voluntad, en fin, ponga en juego otros modos que no sean tan viles. — Hombre, si estos malditos polvos son causa de que se enoje formalmente, prescindo de ellos, yo le ofrezco no volverlos á usar y no perdamos amistades. — Corriente, le contesté, agarré la caja y boté los polvos por una ventana esparciéndolos al viento, y como distraídamente me guardé la caja, me dió mil satisfacciones, le ofrecí seguir de amigos como siempre, y encargándome el secreto de lo ocurrido, partí para la hacienda con el corazón despedazado al haber sabido tales revelaciones; bien conocía que Mariquita había sido una víctima, la consideraba inocente, pero no podía hacerme buen estómago que su honra tan vilmente ultrajada estuviera á merced de un necio, que hubiera quedado satisfecha con un marco de plata, y el cómplice vanagloriándose de su obra. Mil encontrados pensamientos me tenían aturrido, quería á toda costa sellar para siempre la boca de D. Rosendo, y cada vez que miraba á María me indignaba más y más contra ese don M. F. C. meditando una venganza competente á su delito. Mariquita sensible y perspicaz como toda mujer que no es tonta, advirtió mi malestar, se supuso variación en mí, y la pobre no teniéndome confianza, temerosa de entrar en explicaciones, me excusaba su presencia, se metía al jardín y ocultándose en uno de sus rincones lloraba sin cesar hasta desahogar su pena, y ambos estábamos pasando unos días fatales, pues no porque supe su desgracia desmerecí un ápice del sincero amor que me inspiró por su hermosura y miseria, creyendo más por lástima de su desgracia, y nutriéndose en

mi pecho una sed insaciable de venganza para purificar su inocencia.

Por fin una vez la sorprendí en sus soliloquios del jardín, entramos en explicación y aunque yo sabía bien su desgracia, me fingí ignorante para no avergonzarla, después de algunas excusas frívolas que no me satisfacían poniéndome serio le dije: — Lo que yo miro en substancia, Mariquita, es que, vd. no está contenta aquí. — Sí lo estoy, D. Alejo, me contestó, demasiado lo estoy. — ¿Qué no me ama vd. como yo la amo, con delirio, con frenesí, con toda la efusión de mi alma? — Se equivoca vd. pues por mi desgracia tengo una alma sensible y soy agradecida. — ¿Pues entonces para qué viene ese llanto, quién es la causa? — Vd. D. Alejo, el mucho amor que le tengo y el obstáculo que me impide ser suya. — ¡Obstáculo! ¿qué tiene vd. hecho algún voto? — Ninguno. — ¿Algún compromiso de antemano? — Tampoco. — ¿Alguna deformidad ó...? — Nada, nada de eso, pero sí un defecto que me llena de vergüenza el tener que confesarlo, pero no he de engañarlo, porque le amo con delirio, sé muy bien que al descubrirse voy á aparecer á sus ojos como la mujer más vil y despreciable, quedará otra vuelta sumergida en la miseria y orfandad, pero todo lo prefiero antes que ser embustera, que abusar de sus bondades ni ocultarle mi desgracia, por último, D. Alejo, para corresponder á su singular amor, cuente vd. con un alma que con frenesí también le quiere; deje las cosas en tal estado y no pretenda quitarme esa complacencia, esa ilusión, pero ya que ni aun ese consuelo me es permitido disfrutar porque debo hablarle la verdad, sépalo vd. de una vez, no puedo ser su esposa, porque, y haciendo un esfuerzo sobrenatural prosiguió: porque le puedo presentar una conciencia tranquila, una alma pura, un corazón inocente, pero un cuerpo profanado por un vil, un miserable que valiéndose de los medios más infames, se ha burlado de mí. Las lágrimas que á raudales salían de sus ojos la hicieron callar. — Todo lo he sabido ya, María, y esta ingenua confesión que me acaba vd. de hacer la purifica ante mis ojos, esas lágrimas lavan tan horrorosa mancha, creo en su inocencia, y no porque sufrió esa desgracia que no estuvo de su mano el evitarla, desmerece vd. en lo más

mínimo de mi amor; la amo con toda sinceridad, nuestras almas se comprenden, lamento sus penalidades, me aflige demasiado su pesar, pero ni puedo aliviar su pena con lágrimas, ni mucho menos resignarme á lamentarla en secreto; dígame vd. que será mi esposa y que mi pasión es correspondida, para que pueda con franqueza satisfacer como se pueda esa injuria, castigar esa afrenta: ya sé muy bien quién es el criminal, yo no me conformo con que lo sentenciaran á pagar un marco de plata, quiero introducirle uno de plomo en el cuerpo ó cuatro dedos de hierro, y ya que el cohecho y el soborno hizo calificar su crimen como simple muchachada y travesura, un juego de manos nos pondrá en juicio, si acaso es capaz de pararse delante y poderme contrarrestar; en suma, María, yo no he de estar tranquilo mientras ese pillo no pague con su sangre su vil proceder. — ¿Pero si yo que soy la agraviada no exijo venganza, mi conciencia no me acusa de lo más mínimo, de dónde ese empeño en hacer resucitar cosas que ya están por lo vulgar en olvido y por la justicia sentenciadas? no ve vd., D. Alejo, que al exponer su persona por vengarme me ha de causar mucha más amargura y doble pesadumbre, por ningún principio quiero que vd. se exponga y vaya yo á sufrir otro tormento como el que me tiene atosigada el alma, pues ya va á cumplirse dos años en que ignoro cuál ha sido la suerte de mi padre, quién sabe si víctima también de una traición ha sucumbido, pues de otra manera era imposible que hubiera dejado de volver, ó avergonzado de mi desgracia creyéndome cómplice de tal infamia me ha abandonado á mi propia desventura, ya no tengo cabeza para pensar sobre eso, ya mis lágrimas se agotan, siento partirseme el corazón á pedazos con semejante incertidumbre, y día por día lo he estado esperando en vano. Prescinda vd. de sus proyectos, D. Alejo, y no acabe de remachar el clavo que me traspasa el alma.

— Ahora más que nunca, María, insisto en mi propósito, pues hay que arreglar con D. Manuelito esa otra cuenta, y desgraciado de él si no me satisface de la duda; el que compra á la justicia bien puede pagar asesinos, su padre era su único enemigo, y con facilidad se lo habrán quitado de en medio, el vil que se burla de una mujer, es capaz de hacer callar para siem-